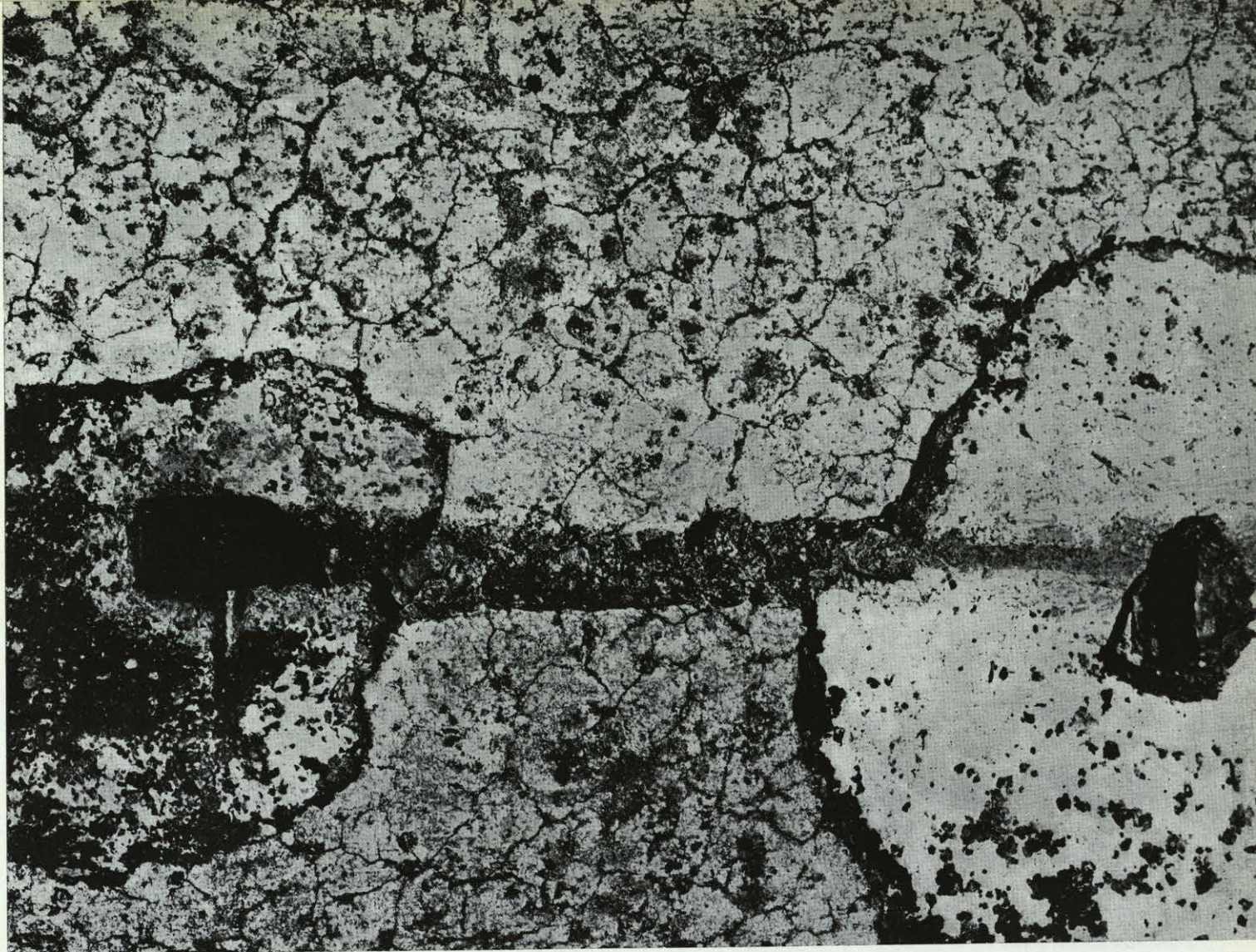




notas de filosofía

P. Alfonso López Quintás.

EL MARAVILLOSO MUNDO DE LAS FORMAS

Pocas cosas suscitan mayor emoción en el hombre que el descubrimiento del mundo de las formas. Cuando, por ejemplo, un estudiante de Música cae en la cuenta de la vida de las formas musicales, del carácter creador de los temas, del sentido lógico de los desarrollos, de la potencia expresiva del fraseo, etc., esa hora marca en su vida profesional un hito decisivo. La vocación de todo pintor queda decidida al sentir en su espíritu el conjuro de las formas. No se trata en principio de la belleza, sino del poder seductor de las formas, que brota de su capacidad de configuración y delimitación, de su dominio del tiempo y del espacio. ¿Hay cosa

más admirable que una mano? Tan concisa, tan enérgica y tan hábil a la par (1). El griego se dejó asombrar por la perfección formal, y de ese asombro brotó el pensamiento todo de Occidente.

Todo lo creado fué subsumido bajo un esquema mental: materia y forma. La materia es vivificada, orlada de sentido por la forma; y la forma es sostenida por la materia. Las cosas inanimadas, los objetos artificiales, los seres vivos: todos fueron estructurados conforme a este esquema.

(1) Véase el bello estudio de Henri Focillon: "L'éloge de la main", en *Vie des formes*, P.U.F. 1955, págs. 99-122.

De aquí recibió el pensamiento de Occidente luz y orientación. El afán de ampliar los conocimientos y reducirlos a sistema parecía querer satisfacer cumplidamente por el estilo de pensar que parte de este esquema. De esta forma Europa se cubrió de obras de Arte y dictó al mundo las normas del saber. A través del conocimiento de las formas, el hombre pareció adueñarse del universo.

Había, sin embargo, un ámbito en la Ciencia cuyo conocimiento no guardaba proporción con el de los demás: los seres vivos. ¿Desempeñaría algún papel en este fenómeno la sumisión multisecular del pensamiento al esquema materia-forma?

La hora en que los pensadores se propusieron seriamente esta pregunta ha pasado ya a formar historia en el pensamiento contemporáneo. Porque a la vuelta de muchas incidencias, se descubrió bajo dicho esquema un concepto demasiado rígido, unívoco y unilateral de forma, que había sido tomado con preferencia del ámbito de los seres culturales. Un carpintero imprime a una determinada materia la idea que tiene de silla, y construye el objeto de uso cotidiano que lleva este nombre. Un escultor plasma en un determinado material la figura de un héroe y el pueblo queda enriquecido con una nueva obra de arte. La forma parece preceder al proceso artístico y estar dotada de un poder absoluto de dominio de la materia, que es reducida a mero sustrato, soporte pasivo de la forma. ¿Sucede esto mismo con los seres vivos?

Este planteamiento nos permite comprender el alcance de la revolución producida por las investigaciones del joven alemán Hans Driesch, que después de haber hecho largos viajes por el trópico asiático y estudiado biología en Nápoles, se consagró al estudio de las propiedades vitales del huevo del erizo de mar. Realizó toda clase de divisiones, amputaciones, trasplantes, etc., y ante sus ojos ávidos de demostrar que en el huevo se contiene en estructura molecular todo el ser futuro del organismo adulto, que va surgiendo de él por vía de mero desarrollo y crecimiento, como una película extraordinariamente pequeña que se fuese ampliando poco a poco, se reveló el milagro del poder de adaptación y regeneración que subyace en la vida. No es el crecimiento vital un mero proceso mecánico de desarrollo que responda a leyes causales más o menos complejas. Los experimentos obligan a admitir la existencia de un algo que esté dotado de capacidad de dirección y organización; una instancia superior a los elementos físico-químicos que tenga en sí el *principio* y el *fin* del proceso orgánico. Driesch no dudó en acudir a una venerable palabra del viejo y olvidado Aristóteles: *entelequia*, que significa en griego: "lo que lleva en sí el fin". Todo principio ordenador abarca mucho campo, y por ello es capaz de trazar el camino a seguir.

Es comprensible que en el ambiente metafísicamente enrarecido de principios de siglo haya sido mal acogida la introducción de este vocablo por los investigadores mecanicistas, que no reconocen como objeto de ciencia sino lo mensurable, lo unívocamente determinable en el espacio y el tiempo.

Por eso fué calificado despectivamente de "duende", y "Deus ex machina", con lo cual se quería aludir al recurso ingenuo de los trágicos antiguos que a última hora, cuando la situación se había hecho inexplicablemente complicada, hacían descolgar al medio de la escena un Dios que resolvía el conflicto con soberana contundencia. Un ser dotado de capacidad organizadora, rectificadora, regeneradora, etc., en un mundo mecanicista, que no es sino un entramado de rígidas leyes físico-químicas, es evidentemente una flagrante inconsecuencia. Driesch no comprendía lo que significaba en rigor el nuevo concepto que introducía, ni lo comprendería nunca. Pero su sinceridad de investigador reconocía firmemente su necesidad. La experimentación le había llevado al umbral del mundo de lo experimentable con los métodos mecanicistas. ¿No habría que recurrir a algo no-verificable para explicar lo verificable? Esa inconsecuencia ¿no será la manifestación en el ser de una diferencia de planos que siendo distintos se dan en una misteriosa y muy fecunda unión? "La biología contemporánea, a pesar de sus deseos, se ve obligada a reinventar conceptos análogos a las antiguas 'razones seminales' cuando quiere explicar el desarrollo del embrión. Pero en la macroevolución y en la escala de las especies se encuentra con necesidades semejantes y forja palabras nuevas para retransmitir los pensamientos antiguos acerca de la idea de forma y de fin" (2). En definitiva, lo que intentaba dejar Driesch en claro es la existencia de un tipo de realidades dotadas de un singular poder de configuración creadora de seres vivos. Una forma viva lleva en sí el principio y el fin, decide de antemano la figura externa y la textura interna de un organismo. Su flexibilidad (*souplesse*) interna es maravillosa.

A partir de Driesch, los experimentos se multiplicaron, y un mundo de sorpresas insospechadas hizo su aparición ante el hombre. Los biólogos actuales muestran su asombro ante la movilidad creadora, la capacidad de adaptación y regeneración de estas formas "entelequiales". Supongamos que un proyecto de un arquitecto genial tuviera la virtud no sólo de decidir la estructura interna de un edificio, sino el poder de crear diversos materiales, según fuese surgiendo su necesidad al hilo de la construcción, y modelar estos materiales en orden a la formación de las diferentes partes

(2) Jean Guittou: *La existencia temporal*. Edit. Sudamericana. Buenos Aires, 1956, pág. 160.

del edificio. Este proyecto se asemejaría a las formas entelequiales que presiden la formación y la conservación de los seres vivos.

Alexis Carrel supo exponer el resultado de estas investigaciones de una forma adecuada a los no iniciados en el lenguaje técnico: "Un órgano se construye a sí mismo por medio de técnicas desconocidas a la mente humana. No está hecho de material extraño, como una casa. Tampoco es una construcción celular, una simple reunión de células. Está naturalmente compuesto de éstas, como una casa de ladrillos. Pero nace de una célula, como si la casa tuviera su origen en un solo ladrillo, un ladrillo mágico que se pusiera a fabricar otros ladrillos. Estos, sin esperar los planos del arquitecto o la llegada de los albañiles, se unirían unos a otros y formarían los muros. También se metamorfosearían en vidrieras, tejas, carbón para la calefacción y agua para la cocina y el cuarto de baño. Un órgano se desarrolla por procedimientos como los atribuidos a las hadas en los cuentos que se contaban antaño a los niños. Está engendrado por células que, a todas luces, conocen el futuro edificio y sintetizan de las sustancias que contiene el plasma sanguíneo, el material de construcción y hasta los obreros" (3).

Ahora bien. Es obvio que el hallazgo de este género de formas debe plantear graves problemas a la teoría del conocer. Hace falta poner en tensión el entendimiento para captar de un golpe todos los extremos que estas realidades implican. No basta ir deslizándose a la mente de un detalle a otro y agrupar éstos en síntesis. Hay que responder a la amplitud de las formas con un modo de conocimiento extraordinariamente ágil. Sólo así evitaremos la nefasta ingenuidad de aplicar a la interpretación de los seres vivos recursos de violencia, pretendiendo someterlos a la camisa de fuerza de esquemas tomados del ámbito de los seres artificiales. Los "métodos empleados por el organismo no tienen la simplicidad de los nuestros. Nos parecen extraños. Nuestra inteligencia no se encuentra a sí misma en ese mundo intraorgánico. Está modelada sobre la simplicidad del universo cósmico y no sobre la complejidad de los mecanismos internos de los seres vivientes. Por el momento no podemos comprender el modo de organización de nuestro cuerpo y sus actividades nutritivas, nerviosas y mentales. Las leyes de la Mecánica, la Física y la Química son completamente aplicables a la materia inerte. Y, en parte, al hombre. Las ilusiones de los mecanicistas del siglo XIX, los dogmas de Jacques Loeb, las infantiles concepciones físico-químicas del ser humano, en las cuales creen aún tantos fisiólogos y

médicos, tienen que ser abandonados definitivamente. También debemos rechazar los sueños filosóficos y humanísticos de los físicos y de los astrónomos. Siguiendo a otros muchos, Jeans cree y enseña que Dios, creador del universo sideral, es un matemático. Si esto es así, el mundo material, los seres vivos y el hombre han sido creados, evidentemente, por diferentes dioses. ¡Qué ingenuas son nuestras especulaciones! Nuestro conocimiento del cuerpo humano es, en verdad, muy rudimentario. Por el momento es imposible abarcar su constitución. Debemos, pues, contentarnos con la observación científica de nuestras actividades orgánicas y mentales. Y sin ninguna otra guía, marchar hacia delante, hacia lo desconocido" (4).

Si algo se ve claro a partir de los geniales experimentos de Driesch, Roux y Speemann es que las realidades vitales hurtan el cuerpo a todo intento de reducirlo a "ideas claras y distintas". No se puede hallar la ecuación de un organismo como se halla la de una curva. El afán prometeico de conocer lo vital por su ley de constitución no lleva sino a una arbitraria mutilación de la realidad. La vida es algo inconmensurable, un fenómeno que se evade a toda medición espacio-temporal. Se da en el tiempo y en el espacio, pero una firme intuición nos advierte que hay algo en ella que perdura, es decir, que se da en un plano superior al de las realidades que están incrustadas, sin libertad, en las mallas puntuales de la distensión espacio-temporal.

Pero si la vida no es mensurable, ¿puede ser objeto-de-conocimiento? He aquí el viejo problema, tan traído y llevado, de la posibilidad del conocimiento de la "interioridad" (Innen). (5).

Lo decisivo en todo esto es destacar la necesidad de admitir diversas formas de conocimiento, correspondientes a los diferentes modos de realidad. Para lo cual hay que liberarse de la inercia mental que nos hace gravitar fatalmente al univocismo, vale decir, al allana-

(4) Op. cit., pág. 118.

(5) Recién nacida la Biología como Ciencia, a fines del siglo XVIII surgió inmediatamente la duda acerca de la posibilidad de captar lo que es la vida. La Biología ofrecía un campo de investigación distinto al de la Física y la Psicología. En estas disciplinas los objetos de investigación "están ahí" (vorhanden), como suelen decir los alemanes, completamente a mano. Se trata de datos que hay que ir estudiando, ordenando, estructurando: el método de análisis y síntesis lleva en este campo a sorprendentes resultados. Pero el estudio de la vida exige captar el interior (Innen) de la Naturaleza. El ser viviente tiene intimidad, y ésta no puede ser percibida por vía de análisis, como los seres inorgánicos lo son por fisión. De ahí la tan debatida cuestión de la posibilidad de penetrar en el santuario secreto de la vida. Tarea evidentemente ardua, pero no imposible, pues los datos sensibles que se ofrecen a nuestros sentidos no son meras apariencias (Schein), sino "apariciones" (Erscheinungen), o expresiones de algo suprasensible que alienta bajo los mismos. Sea lo que haya sido de esta cuestión, lo importante es haber subrayado enérgicamente el modo de realidad específicamente biológica, que exige al hombre poner su pensamiento en tensión y superar el método analista del Positivismo. Superación sin la cual jamás hubiera surgido la Biología moderna.

(3) Alexis Carrel: *La incógnita del hombre*. Edit. Iberia. Barcelona, 1952, pág. 112.

miento de toda diferenciación jerárquica, que es en todo tiempo y lugar fuente de orden, equilibrio y fecundidad.

En principio se tendió a ver la riqueza de lo vital como un nudo de paradojas y antinomias: es múltiple y uno a la vez; tiene partes diversas, pero una profunda unidad las preside y armoniza; es cambiante y permanente a la par; ostenta una vertiente externa y una interna; su extraordinaria y casi ilimitada agilidad se alía con una desconcertante firmeza; su adaptabilidad es tan grande como su reciedumbre; es extremadamente perfecta y a la vez sumamente lábil, etc. Este carácter contrastado de los seres vivos fué calificado despectivamente de *ambiguo* por un pensamiento ahito de certeza. Hoy estamos aprendiendo a mirar serenamente a los ojos a las realidades "ambiguas", pues la experiencia nos ha hecho adivinar en la ambigüedad una fuente oculta de riqueza entitativa. Nuestra época vuelve a amar lo complejo por lo que tiene de *profundo*, que si no permite más que un conocimiento *inseguro*, fecunda el espíritu con la amplitud de las perspectivas que descubre (6).

(6) La naturaleza del ser no es antinómica, es estructurada. En el ser no hay contrarios, sino una organización elástica, una arquitectura de elementos que se complementan. Es el espíritu el que fabrica la contradicción con la complementariedad que le propone la naturaleza. En otros términos, el espíritu tiende a transformar las disimetrías estructuradas en simetrías homogéneas y anti-típicas. De este modo su movimiento imita el de la naturaleza, que, según acabamos de ver, marcha en el mismo sentido simétrico. Pero, en toda composición óptica, los dos elementos constituyentes no existen nunca en el mismo nivel y de la misma manera; uno sólo de esos elementos es propiamente *constituyente*, aunque los dos sean *constitutivos*. Uno solo define, uno solo caracteriza, uno solo propiamente es". (J. Guilton: *Op. cit.*, pág. 59.)

El hombre es constitutivamente "incertidumbre y riesgo" (Peter Wust), y su espíritu florece al nivel de los seres cuya nobleza entitativa no permite un conocimiento científicamente transparente.

Si alguna cualidad del espíritu contemporáneo puede hacernos concebir fundadas esperanzas de un futuro glorioso es el arrojo para aceptar en toda su integridad la increíble complejidad del ser de las cosas, que la Ciencia moderna está descubriendo con rapidez de vértigo. De ahí que las mejores mentes de Occidente no se cansen de advertir que ante el problema que plantea la "inseguridad" inherente a toda época de crisis no hay que perder la confianza en las propias posibilidades e intentar un retorno al pasado, desechar la técnica y anatematizar a la "masa", sino desbordar los problemas por dentro, pasando adelante. Lo que caracteriza a la juventud actual es su voluntad incondicional de resolver los problemas a fuerza de autenticidad intelectual, respetando la tradición, pero asumiendo el presente con toda su tensión de futuro. Una de las manifestaciones más fecundas de esta actitud es la atención prestada al mundo siempre nuevo de las formas, cuyo estudio está operando en el pensamiento actual una transformación decisiva. Para que ésta llegue a su término no se requiere, por parte del hombre contemporáneo, sino aquello que es privilegio de todas las épocas creadoras: es, a saber, una extraordinaria dosis de flexibilidad mental.

Cuáles son las consecuencias inmediatas que aquí se derivan en orden al estilo humano de pensar será el tema de otro trabajo.

